

# ESCRITURA MÍSTICA Y PALABRA CREADORA EN JUANA DE LA ENCARNACIÓN

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

## **Resumen:**

Se analiza en este trabajo la escritura mística y el estilo de la religiosa murciana del siglo XVIII Juana de la Encarnación, a través de su palabra creadora y de las experiencias recogidas en sus libros. Desde una perspectiva del siglo XXI, se muestra la vigencia de una escritora fundamental en nuestras letras, figura indispensable de nuestro patrimonio lingüístico, literario y cultural.

## **Palabras claves:**

Juana de la Encarnación, escritura mística, estilo, palabra creadora.

## **Abstract:**

This work analyzes the mystical writing and the style of the Murcian religious of the eighteenth century Juana de la Encarnación, through her creative word and the experiences collected in her books. From a 21st century perspective, it shows the validity of a fundamental writer in our letters, an indispensable figure of our linguistic, literary and cultural heritage.

## **Keywords:**

Juana de la Encarnación, mystical writing, style, creative word.

La figura histórica y literaria de Juana de la Encarnación (Murcia, 1672-1715), la monja agustina que en nuestro fértil siglo XVIII murciano escribía sus experiencias místicas en el convento del Corpus Christi de la ciudad, se abre camino con sus escritos en la presente hora y nos muestra calidades indelebles y puntos de interés que han de suscitar reflexión y resolver interrogaciones a un lector contemporáneo. Mujer emprendedora donde las haya, Juana Montijo y de Herrera protagonizó, y bastante sola, en la difícil España de su tiempo, atrevidas iniciativas de fértil y sorprendente escritora, y, por encima de todo, quiso dejar constancia escrita de su verdad, la verdad de la fe, primordial objetivo de su vida y de su producción literaria.

La fortuna hizo que, tal como asegura su biógrafo, el Padre Luis Ignacio Zevallos, hubiera de escribir sus experiencias, contar por escrito sus representaciones místicas y su pasión inagotable de amor por Dios viviendo directamente la Pasión de Cristo, su Hijo unigénito. Y hoy, pasados casi tres siglos, contamos, para comprender a la persona y a su momento histórico, y valorar su trascendencia, con la excelente obra literaria, y también religiosa, de la no menos excelente escritora, muy de su tiempo, muy de sus días, pero también con segura garantía de permanencia y eternidad, a través precisamente de unos escritos que brillan por su claridad, por su lozanía, por su aún vigente estilo apasionado pero directo.

Pretenden estas páginas un reencuentro con la escritora. Fernando Lázaro Carreter, al inaugurar en 1982 un congreso teresiano, escribió palabras que son útiles para iniciar este nuevo recorrido por los textos de Juana de la Encarnación y poner de relieve la intención de nuestros propósitos: «Voy a tratar de Santa Teresa en su calidad de escritora. Con esto advierto que esquivaré otros aspectos de su personalidad, en los que no soy competente. Los únicos instrumentos que tengo para merodear por aquella alma superior, son los muy modestos de filólogo, por completo inhábiles para explorar lo que hay detrás de la escritura: en el caso concreto de Teresa, la complejidad de su experiencia mística, las proezas de su aventura espiritual, el inquebrantable bullir sus visiones y arrobos. No estoy pretendiendo que el filólogo intente una imposible disección entre forma y fondo, para excluir éste de su preocupación. Lo que sugiero es que el llamado “fondo” no es un problema, sino la base sobre la cual realiza sus observaciones. Si lo soslayamos, estas observaciones suelen tener poco sentido; si se penetra en él, ya no hablamos de literatura».

Mostrar, a través de su palabra creadora, a la escritora, contadora de experiencias y ansiedades complejas, es el objetivo de esta páginas, que procuran, también, demostrar, desde una perspectiva o desde una visión del siglo XXI, la vigencia de una escritora fundamental en nuestras letras, figura indispensable de nuestro patrimonio lingüístico, literario y cultural, sin obviar en ningún momento la trascendencia espiritual que su magisterio puede llegar a constituir como guía certera y segura en tiempos revueltos.

Dos son los textos que nos ocupan en esta ocasión, obras de Juana de la Encarnación. El más extenso es el titulado *Pasión de Cristo comunicada por admirable beneficio a la venerable madre Juana de la Encarnación*, y el más breve el que se titula *Singular beneficio de María Santísima a la madre Juana de la Encarnación*.

Desde luego, de estos dos textos, el que contiene un mayor interés literario es el primero, ya que se trata de una amplia exposición de las visiones que la religiosa experimentó el año anterior a su muerte, 1714, al ir descubriendo, a través de un lento proceso extendido en el tiempo litúrgico correspondiente, los distintos espacios y acontecimientos de la Pasión de Jesús, que ella recibe y asume en su propia naturaleza, en su propio cuerpo, experimentando del mismo modo todos los padecimientos de Cristo, que el Evangelio relata, en los días de la Semana Santa hasta la crucifixión.

En discurso literario establecido por la monja agustina es el canónico y el adecuado a la práctica de la escritura conventual que se había desarrollado en España a lo largo del siglo XVI y del siglo XVII y que, en las primeras décadas del XVIII, cuando nuestra agustina escribe sus experiencias, estaba plenamente vigente y reflejaba unas características literarias muy bien delimitadas y nítidas, canónicas como hemos adelantado. La escritura conventual de aquellos siglos estaba muy ligada a la penitencia, al examen de conciencia y a la confesión y, de hecho, Juana está obedeciendo a su confesor, a su director espiritual, a la hora de decidirse a escribir sus experiencias.

Pero también es cierto que este tipo de escritura formaba parte del proceso de perfeccionamiento espiritual que las religiosas debían llevar a cabo bajo la dirección de sus confesores y guías espirituales que eran quienes ordenaban constituir estos productos literarios, sus propias escrituras, en los que las monjas debían dar cuenta de sus experiencias, que eran sometidas al superior criterio del confesor.

Una de las características de esta escritura eran, ante el confesor, la del reconocimiento de la poca valía de la escritora, de su propia incapacidad para decir o expresar lo que ha visto y sufrido o gozado. De ahí que la figura de Juana de la Encarnación se autodescriba fijando unas características de su personalidad definidas por su escaso valer, rudo entendimiento, limitada razón y reducida capacidad expresiva. Humildad de religiosa conventual que dotará a los textos de un subjetivismo realista muy destacable.

El lenguaje adoptado es entonces el propio de la espiritualidad ascético-mística cristiana y lo narrado y lo descrito está sustentado predominantemente y casi en exclusiva por las experiencias vividas en el tiempo concreto de una Semana Santa que, sin embargo, forma parte de un proceso ascético y místico mucho más amplio, el de su vida espiritual concebida como arduo camino de perfección, que deben recorrer todas para llegar a la relación íntima o unión con Dios que es la meta a la que debe conducir y en la que culmina la trayectoria espiritual de esta monja y de todas las monjas que escriben en aquellos gloriosos siglos.

Forman parte de esa dilatada vida espiritual y de ese extenso camino de perfección la narración de experiencias o fenómenos extraordinarios, tales como visiones, audiciones, revelaciones, místicos arrobos y sueños, levitaciones; y la descripción de los afectos y efectos que provocan o suscitan tales experiencias en las religiosas. Ellas las describen y proclaman, aunque lo hacen entre vacilaciones, titubeos, dudas, indecisiones y temores.

Son los confesores los que han de dar la conformidad, como sin duda hizo el director espiritual de Juana de la Encarnación, a los escritos producidos para que estos fueran acordes con lo correcto y acorde con las normas de la religión de aquella época, porque no se ha de olvidar que nos hallamos en el contexto de la Contrarreforma, en los siglos XVI, XVII y XVIII, y las experiencias sobrenaturales de carácter íntimo que sobre todo algunas mujeres aseguraban experimentar, no dejaban de levantar sospechas si no eran garantizadas por el apoyo de un severo confesor o director espiritual como ocurrió con Juana de la Encarnación.

Cuando en 1720 se imprime por primera vez la *Pasión de Cristo* de nuestra religiosa, se asegura en la portada lo fundamental para alejar cualquier sospecha de que la escritora no es una aventurera que se decide a publicar sus experiencias místicas. Se habla del provecho de sus escritos y se asegura que «contiene cosas provechosas y muy útiles para el aprovechamiento de las almas y para quien desea darle algún modo a la oración», pero es que también se proclama con toda claridad que «lo saca a la luz el padre Ignacio Zevallos, de la Compañía de Jesús.» Para que no haya la menor duda.

Un importante rasgo definidor del lenguaje y del estilo de Juana de la Encarnación viene determinado, en su expresionismo y fuerza, por constituir una suerte de meditación de la Pasión de Jesús, una imitación de Cristo en su Pasión y una participación en sus padecimientos, lo que conlleva que la escritura refleje de forma cruda y directa, desnuda y clara podríamos decir, la condición de mortificación corporal con toda clase de penas y sufrimientos asumidos de forma totalmente subjetiva y espiritual, que puede llegar a trascender en padecimientos físicos, en un clima de violencia interna o íntima verdaderamente sobrecogedor. Porque ese era el signo de la presentación escrita de las experiencias vividas, y padecidas, a lo largo del ansiado camino de perfección.

Asistimos del mismo modo y al mismo tiempo a la representación literaria, evidentemente subjetiva, de un decisivo proceso de introspección o de conocimiento de sí misma de una hablante literaria femenina, de muy complicada personalidad, que pone de relieve avances sustanciales, en este caso, en el lenguaje de la mística, que ahora muestra signos de evidente modernidad ya que interpreta su propia experiencia a la que traslada su subjetividad. Lenguaje por otra parte que refleja, como en la mayoría de la literatura conventual española de los siglos XVII y XVIII, evidentes ecos, resonancias e influjos del lenguaje de la literatura mística española y, específicamente, de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz.

De ellos parece provenir el estilo de una escritura establecida desde los siglos anteriores, y de ese universo literario místico proceden, como hemos de ver, las metáforas, las comparaciones o símiles, las imágenes y los símbolos, las personificaciones o prosopopeyas, y toda clase de figuras retóricas de larga y añeja tradición.

Todos estos recursos de estilo eran el único medio que las religiosas poseían para lograr explicar y manifestar a sus confesores los complejos estados y procesos de su vida espiritual e interior, de sus arrobos místicos. Desde luego, proceden de la

literatura mística establecida por Santa Teresa de Jesús y por San Juan de la Cruz la manifestación de la incapacidad para expresar lo inefable tanto por la propia torpeza de la escritora como por lo extraordinario de los fenómenos como, por último, por los límites del lenguaje humano, de la lengua habitual, que, a pesar de ello, intenta describirlo y expresarlo. Es el momento en que la lengua objetiva, la lengua coloquial, se convierte en lengua literaria y se sirve de todos los recursos y figuras retóricas para intentar alcanzar la total expresividad que el lenguaje común no posee, y con el que es imposible explicar lo inefable y lo sublime de la experiencia mística.

Tal lenguaje y tal convencimiento que hicieron suyos Santa Teresa, San Juan y todos los grandes místicos, se manifiestan recurrentemente en los escritos de Juana de la Encarnación, sobre todo en los momentos en que está describiendo los efectos que sobre sí misma producen las visiones de la Pasión del Señor, y ahí se evidencia la dificultad o, mejor, la imposibilidad de dar completa cuenta de ellos ya que son experiencias que, por su naturaleza, escapan al entendimiento y capacidad expresiva propia, siempre torpe y balbuciente.

A la calidad literaria del libro contribuye poderosamente lo bien organizado que está el tratado, ya que se estructura sistemáticamente en cincuenta y ocho capítulos, que recorren la Pasión de Jesús, desde el Domingo de Ramos al momento de la Crucifixión en que la meditación de la llaga en el costado le hace perder a la madre agustina el sentido para despertar ya el Domingo de Resurrección. Cada uno de los cincuenta y ocho capítulos, salvo en los casos en que se entretiene en «diversiones» o excursus, como lo son el relato de prodigios, enseñanzas o misericordias obtenidas, describirá un «paso» de la Pasión de Cristo. Si bien se advierte, por la tercera persona del singular que rige los verbos en la titulación de cada uno de los capítulos, que el organizador del volumen es su editor, el Padre Zevallos, indudablemente el material literario producido por la religiosa seguía un orden cronológico en el que las intromisiones meditativas parecen fundamentales y, desde luego, son obra, incluso en su situación definitiva en el texto, alternando con los pasos de la Pasión, de la autora del libro.

Interesa reflexionar sobre el significado de esta palabra, «paso» en el lenguaje de Juana de la Encarnación, ya que para ella el «paso» es el acontecimiento o suceso particular o detallado acontecido durante el proceso de la Pasión. Así en el siguiente ejemplo: «Después de muy dadas las once y de haber pasado mi alma todo lo dicho, me hallé con la vista y clara representación de mi Señor Jesucristo en el Paso del Prendimiento»... (VI, 1). Evidentemente, la madre agustina está utilizando la palabra de acuerdo con la acepción 20 del diccionario de la Real Academia Española, «cualquiera de los sucesos más notables de la Pasión de Jesucristo», y que se relaciona inevitablemente con la acepción 21, del mismo diccionario: «Efigie o grupo que representa un suceso de la Pasión de Cristo y se saca en procesión en Semana Santa».

No serán, desde luego, cincuenta y ocho los pasos evocados por la madre, pero sí figuran en su meditación todos y cada uno de los principales acontecimientos de la Pasión de acuerdo con la siguiente estructura:

I-III.- Cuaresma, Domingo de Ramos hasta Jueves Santo (a modo de introducción y aproximación a las escenas fundamentales de la Pasión del Señor).

IV-VIII. Sucesión de pasos: lavatorio, última cena, oración en el huerto, prendimiento, Anás y Caifás.

IX-X. Espacios intermedios: oprobios en la noche de la Pasión, oración por sacerdotes y religiosas y manifestación del Señor a través de su voz y reflexiones sobre su propia condición obligada, no deseada, de mensajera de la voz del Señor, que habla con ella en este paso.

XI- XV.- Nuevos pasos: negaciones de San Pedro, nuevos oprobios, Pilatos, su reino no es de este mundo.

XVI-XVIII. Nuevo espacio de reflexión y oración: prodigios, altas enseñanzas y misericordias obtenidas.

XIX-XXI.- Más pasos: Herodes, burlas de Herodes, Pilatos de nuevo, Barrabás.

XXII-XXIV.- Nuevo espacio para la meditación: reprensión de los malos jueces, doctrina del desprecio de la virtud fingida, cordial meditación de los dolores de la Virgen María.

XXV-XVII. Más pasos: expolio, amarrado a la columna, azotes.

XXVIII-XXX.- Nuevas reflexiones: «diversión» sobre los beneficios recibidos, meditación sobre la humanidad de Cristo y los dolores de María, participación en los dolores de Jesús y manifestación del encendido amor a Dios.

XXXI-XXXVI.- Más pasos: vestiduras, coronación de espinas, insignias del rey «fingido», Ecce Homo, presencia de la Virgen, vestidura de la túnica.

XXXVII-XXXVIII.- Meditaciones junto a la Cruz, con la Virgen María, enseñanzas y misericordias y «paréntesis»: cosas admirables y milagrosas experimentadas.

XXXIX-XLI. Se suceden los pasos en un detallado *via crucis*: cruz a cuestras, camino del Calvario, encuentro con María, caída, Cirineo.

XLII-XLIV.- Nuevo espacio para la meditación y ascenso místico: enseñanzas de la cruz, máximas de gran perfección, quebranto del demonio, invitación a los desposorios con la cruz.

XLV-XLVI.- Llegada al Calvario, tormentos, desnudan a Jesús.

XLVII.- Nuevo capítulo con reflexiones: el Señor la convida a su muerte mientras manifiesta las circunstancias de la Crucifixión. Participación y amor al Señor.

XLVIII-LIII.- Crucifixión y muerte de Jesús, detallada en todos sus pasos: alzado de la cruz, crucifixión, siete palabras y muerte de Jesús.

LIII-LVIII.- Meditación de la muerte de Jesús, en María Santísima, en las llagas, en la llaga del costado. Beneficios y elogios de la Santa Cruz, y pérdida final del

conocimiento para despertar el domingo. Deseos de ser corregida y oración final a Dios pidiendo luz para el confesor para que este conozca los yerros.

Como es fácil advertir, el libro está organizado temáticamente de forma alternativa, combinando los espacios del relato de la Pasión con las oraciones y beneficios que pueden conseguirse al vivir en sus propias carnes los episodios que, detalladamente, se van mostrando a través de las distintas escenas, de los distintos pasos. Indudablemente, desde el punto de vista literario es una estructura muy sólida y efectiva, ya que los contenidos son distribuidos con una gran armonía, y combinados para obtener el fin didáctico y devocional pretendido. Los logros, sin duda, están asegurados, ya que los objetivos propuestos, meditación y oración, se distribuyen perfectamente, con una gran seguridad y con exaltada imaginación, que se revela en un lenguaje muy expresivo, dotado de indudables poderes de convicción. Los resultados no pueden ser más efectivos.

Es oportuno considerar detenidamente sobre la palabra creadora de Juana de la Encarnación para asegurar que es de extraordinaria riqueza y que está integrada plenamente en el lenguaje y el estilo del último barroco, cuando la lengua literaria había logrado unas capacidades de expresión muy sobresalientes. El estilo de Juana de la Encarnación es muy vehemente y está enriquecido por el gusto del paladeo de la palabra religiosa reiterada. Desde luego, a pesar de sus constantes apelaciones a su incapacidad para expresar lo que tiene que contar, la palabra de Juana de la Encarnación es de una fertilidad asombrosa y de una riqueza y efectividad expresiva indiscutibles. Y para ello se sirve de todos los recursos que una lengua ya muy evolucionada, después de dos siglos de florecimiento literario, puede facilitarle y dotarle.

Se trata desde luego de una expresión enriquecida por la propia experiencia personal, por la autenticidad de expresar subjetivamente unos sentimientos en los que se cree profundamente, por la capacidad, como señalamos al principio, que le proporciona la seguridad de creer en una verdad auténtica. Subjetivismo pero también autenticidad, sinceridad sin límites ni alambiques entorpecedores, y sobre todo, decisión de ser pragmática y directa.

Al apasionamiento y vehemencia del lenguaje y a su efectividad expresiva contribuyen algunos de los rasgos que la lengua de la mística, ya muy rodada a principios del XVIII le facilita a la escritora. Sobre todo, en este aspecto, destacan las acumulaciones paralelísticas de un lenguaje influido por la predicación, y enseguida se advierte en ese ritmo repetitivo de los paralelismos los más genuinos rasgos de la lengua de la ascética y la mística, como los superlativos esdrújulos, que la madre Juana de la Encarnación prodiga en todas sus páginas: *repetidísimas veces, vivísimos deseos, un modo profundísimo, afecto penetrantísimo, dulcísimo amor, ternísima memoria...*

Riqueza expresiva y estilística que puede advertirse en la fertilidad de un vocabulario bien nutrido y muy variado, advertible tal caudal en muchos aspectos como en el de las denominaciones de Dios: *Su Majestad, el Señor, mi Dios, mi Dios y Señor Todopoderoso y eterno, mi amado Bien, Amado mío...* En el terreno de los

paralelismos logrará estructuras formales de singular hermosura, como ocurre en esta oración del *Singular beneficio*, el segundo libro: «Lavadme con vuestra Sangre, vestidme con vuestras Llagas, adornadme con vuestros méritos, entradme en la herida de vuestro corazón».

Los niveles de expresividad se acentúan cuando se alude a padecimientos y sufrimientos, que llegan a enriquecerse con estructuras sustantivas y adjetivales trimembres: *congojas, tribulaciones, tentaciones* (I, 5); *memoria amorosísima, dulcísima y muy entrañable* (I, 9); *penas, dudas, temores* (I, 13); *Gloria, Infierno, Purgatorio* (I, 10), tetramembres: *desconsuelos, sequedades, tribulaciones, desamparos* (I, 1); *penas, dudas, temores, sobresaltos* (I, 18), pentamembres: *sudores fríos, ardores, apabilamientos, congojas, debilidad* (I, 5), etc. Así cuando designa los padecimientos implorados, que son *inexplicables desconsuelos, sequedades, tribulaciones, desamparos interiores...* (I, 5) Y, en ocasiones, la fuerza del fervor religioso, llega a multiplicar hasta el infinito las acumulaciones, en este caso de formas verbales. Así ocurre cuando intenta explicar los maravillosos beneficios de la comunión, tras los cuales el alma se halla *embebida*, porque «se goza, recrea, alimenta, fortalece, se dilata, se confunde, se aniquila y consuela»... (II, 2). Ocho verbos en total.

El lenguaje ha de servirse, tal como hemos señalado, de la metáfora, del símil, de la imagen, de la comparación, para poder expresar lo que es inefable. Y la lengua barroca de principios del siglo XVIII está perfectamente preparada para expresar lo que es tan difícil de concretar, por lo menos la palabra de Juana de la Encarnación estaba dota plenamente de la imaginación metafórica para obtener sus fines o sus resultados expresivos. Por ejemplo, cuando expresa en metáforas, la comunión, la eucaristía: «aquella grandeza y Majestad, el Señor de los Ángeles, el que no cabe en los cielos, el volcán del fuego divino, el Señor hecho Sacrificio»... (II, 5). O cuando, en forma de letanía, se dirige al Señor, desgranando toda clase de apelativos metafóricos y simbólicos, en larga relación interminable: «Amado mío, dueño de mi alma, aliento de mi corazón, alivio de mis dolores, fortaleza de mis penas, dilatación de mi esperanza, consuelo de mis congojas, cumplimiento de mis deseos, posesión amabilísima de mis ansias, alma de mi vida, vida de mi alma...» (III, 13).

Un momento trascendental en el libro se produce cuando, en el capítulo III, entra por primera vez en escena el sonido de la Voz del Señor, que se habrá de convertir, a partir de ahora, en personaje imprescindible, además de excelso y sublime, con sus intervenciones para orientar e indicar a la autora lo que tiene que hacer. Ya desde el principio la describe Juana de la Encarnación como una voz «inteligible, suave, clara, penetrantísima»... (III, 2) que «no podía dudar ser del Señor»... (III, 2). Voz que se expresará con singular y serena dulzura, y que dotará al libro y a las meditaciones y narraciones de la monja agustina, de un componente sublime en forma de voz aquietadora entre tantos tormentos y suplicios: «Alma mía, aceptables me han sido tus ruegos, te haré partícipe de mis penas y dolores y de los de mi Madre maría Santísima. Dispón tu corazón». (III, 1)

La monja experimentará situaciones muy extrañas, que irán desde la levitación («me hallo como si estuviera pendiente entre cielo y tierra» X, 12) a los sufrimientos

físicos directos («me debí de dar algunos golpes... reconocí en los cardenales»... III, 6), dolor en pecho y corazón «como si entraran con repetición un puñal» (III, 6), uso constante de la hipérbole expresiva que alcanzará también espacios de satisfacción, como cuando tras la comunión de Jueves Santo se halle «en otro extremo, en vida, paz, gozo, serenidad»... (III, 8)

A pesar de la obligada referencia, dictada por la humildad, a la incapacidad expresiva que era habitual en el lenguaje de la mística («no sé como darme a entender»... (XXIX, 9) «no he llegado a explicarlo»... (I, 6) «todo es indecible»... (II, 15) «mi lengua no es capaz de explicarlo»... (I, 7) «me hallo muda»... (I, 8) otras veces se distingue por la gran locuacidad, como va a ocurrir con la descripción de los pasos de la pasión, así como con los intermedios en que se recogen los beneficios de la vivencia de los episodios evocados, tal como hemos explicado sabiamente combinados y estructurados.

Debemos destacar, en todo caso, el expresionismo vehemente con que son relatados todos los momentos de la Pasión, y los ejemplos sobre el lenguaje agresivo con que se relata la dureza descarnada de los padecimientos del Señor, quieren, en todo caso, manifestar la solidaridad espiritual e incluso física de la escritora creyente, que revela, como hemos advertido, sinceridad, autenticidad y verismo. Un ejemplo lo tenemos en la oración en el huerto, donde asistiremos al «destilar por todos los poros su preciosísima Sangre» (XXV, 11) del Señor, mientras la religiosa siente «tan agudo y penetrante el dolor de mi corazón... mi corazón recogía como si fuera una esponja, toda aquella sangre preciosísima, aquel bálsamo y licor suavísimo de nuestra salud»... (V, 7).

Pero entonces sobreviene otra vez la dificultad explicativa, porque ante la vista del corazón de Jesús sangrando en la oración en el huerto, hace una descripción detallada e insiste en lo difícil que es contarlo: «No sé cómo vivo, porque fue tan sumo el dolor de mi alma con esta vista, que no hay lengua ni palabras para explicarlo». (V, 9)

Respecto al *Singular beneficio de María Santísima a la Madre Juana de la Encarnación*, el segundo de los textos que figuran en este volumen, hay que señalar que reúne similares cualidades literarias a las del libro de la *Pasión*. Aunque mucho más breve, ya que está compuesto de solo cinco capítulos, también más breves, se hallan estos estructurados a la manera muy clásica de planteamiento, nudo y desenlace, porque si en el primer capítulo presenta a la Virgen y su oración ante ella, en el segundo es donde tiene lugar una tremenda visión del alma en pecado, cuyos significados explica en el tercer capítulo, para seguir en el cuarto con las explicaciones de los efectos percibidos por la vista, el oído y el olfato, y cerrar en el quinto con la oración y la recepción de los beneficios a causa de la visión recibida, energía celestial para hacer penitencia de la culpa.

Si en el capítulo primero hace las obligadas apelaciones a la incapacidad para contar lo que ve («antes de que pase lo poco que podrá explicar mi cortedad de este retrato.... No hay capacidad en mí para explicar lo que vi... no sé explicar lo que

pasa por mí, la pena y sentimiento que me causa haber ofendido a mi Dios... ya no estoy en mí ni sé lo que digo») desde el punto de vista expresivo, destacan los capítulos siguientes, en los que la descripción del alma en pecado está dotada de un expresionismo barroco y aun tremendismo del más puro estilo de la prosa doctrinal y ascética del final de esta época.

La vehemencia en la expresión acude a la desnudez de los recursos, y la descripción del alma pecadora será la de un horrendo cadáver, «espantoso y horroroso cadáver», que expande un «tremendo olor» y en el que se describe con detalles la piel («pergamino denegrido y feo»), el lado del corazón (espantosa serpiente), el sonido reinante («estruendo y furia de un rayo»), la cabeza hinchada («madriguera de los demonios»), la boca («como volcán del infierno»), los ojos («asquerosas gomas»), el pecho poblado de «llagas encanceradas y profundas y gusanos asquerosos», la manos llenas de lepra y los pies como tortugas, todo entre un oscurísimo humo hediondísimo y entre «muchas y muy extraordinarias sabandijas»...

Y es que el alma en pecado, tal como despliega nuestra autora en una nueva serie paralelística de adjetivos y complementos nominales, queda para los restos «desfigurada, denegrida, seca, sin movimiento, consumida, hediondísima, hecha manjar de los Demonios»... Para cerrar esta tremenda visión del pecado con una intensidad expresiva del más puro estilo de la época, pero también integrada en su estilo de sinceridad y de autenticidad que dota a su palabra creadora de singular expresividad y dramatismo, vehemencia y dura crudeza: «Veía finalmente que salía un volcán de fuego de la boca de la serpiente con que más la encendía en este pecado, que era el que estaba más apoderado de esta alma, siendo esta culpa como un fuego de alquitrán que en prendiéndose trae consigo otros vicios de soberbia, avaricia, vanidad, desprecio de otros, sin temor de Dios, ni hacer caso de sus preceptos y sacramentos. Se habla mal, se murmura, se juzga temerariamente del prójimo, se desenfrena la cólera, se cometen homicidios, se jura, vota y reniega, con otros innumerables vicios que entendí, vi y conocí, y todo aterraba mi corazón».

Ni la humildad de nuestra escritora ni sus constantes apelaciones a su incapacidad como hablante para transmitir lo sublime de sus visiones impidieron que estas fueran puestas por escrito. Antes, al contrario, pudo el consejo y la decisión de su confesor y desde luego su afán, mostrado constantemente, de que sus experiencias sirvieran de enseñanza y aprendizaje. La que fuera en su última etapa maestra de novicias de su convento, sin duda tuvo presente a sus discípulas, a la hora de escribir estas experiencias, pero también pensó de la misma forma en cualquier cristiano que quisiera conocer y vivir con ella los sufrimientos de la Pasión del Señor.

No hubiera sido, sin embargo, posible contar con estos textos si en Juana de la Encarnación no existiera la gran escritora que llevaba dentro, y podemos presumir incluso la gran lectora que devoraría libros de devoción, porque el lenguaje de sus obras, y sobre todo el estilo y la calidad de su palabra creadora ni se improvisan ni se inventan de la noche a la mañana. Debía de ser una buena lectora de los grandes místicos del siglo XVI, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz y de otros muchos de ese siglo y del siguiente. De todos ellos hereda la capacidad descriptiva,

su atender a todos los detalles, su verismo en las narraciones y en los relatos de las experiencias y de los beneficios que causaban en su alma sufrimientos y padeceres tan crueles como placenteros.

Pero sobre todo su autenticidad, su sinceridad y el deseo de decir la verdad, su verdad, pero también la verdad de muchos dieron forma a estas páginas indelebles. Sin tales cualidades, heredadas o propias, adquiridas o inducidas por el amor a Dios, no hubiera podido escribir páginas excepcionales en el terreno de la literatura mística de los siglos XVI, XVII y primeros años del siglo XVIII. Al final de una época áurea se sitúa Juana de la Encarnación con sus libros y con su palabra creadora y con ellos cierra, con broche de oro, el período de la más excelsa literatura religiosa de una España singular.